

CUARTA PARTE

EL MATERIALISMO DEL SIGLO XVIII

CAPÍTULO PRIMERO

Influencia del materialismo en Francia y Alemania.

Inglaterra es el país clásico del materialismo y de la fusión de las ideas religiosas y materialistas.—Materialistas ingleses del siglo XVIII: Hartley.—Priestley.—El escepticismo en Francia: la Mothe le Vayer.—Pierre Bayle.—Principio de relaciones intelectuales entre Inglaterra y Francia.—Voltaire: sus esfuerzos para hacer prevalecer el sistema de Newton.—Su actitud frente al materialismo.—Shaftesbury.—Diderot.—Sus relaciones con el materialismo; se une á Robinet que modifica el materialismo.—Estado intelectual de Alemania.—Influencia de Descartes y de Espinosa.—Influencia inglesa.—*La Correspondencia acerca de la esencia del alma.*—Diversas huellas del materialismo.

El materialismo moderno se organizó por vez primera como sistema en Francia, mas no por eso deja de ser Inglaterra la tierra clásica de la concepción materialista del mundo; el terreno había sido ya preparado por Roger Bacon y por Occam; Bacon de Verulamio, á quien para llegar al materialismo sólo le faltó un poco de lógica y claridad, fué por completo el hombre de su tiempo y su nación, y Hobbes, el más lógico de los materialistas modernos, debió por lo menos tanto á las tradiciones inglesas como á los ejemplos de Gassendi el camino que hubo de seguir. Sin duda Newton y Boyle volvieron á poner la máquina material del universo bajo la dirección de un creador inmaterial, pero la concepción mecánica y materialista de los fenómenos de la naturaleza echó raíces tan-

to más vigorosas y profundas cuanto que llegó á ponerse de acuerdo con la religión, invocando al inventor divino de la gran máquina; esta mezcla singular de fe religiosa y de materialismo se ha conservado en Inglaterra hasta nuestros días; basta recordar al piadoso sectario Faraday, que debió sus grandes descubrimientos principalmente á la viva imaginación con que se representaba los fenómenos de la naturaleza y á la lógica con que supo aplicar el principio mecánico en todas las cuestiones de física y química:

Inglaterra tuvo también sus materialistas especiales hacia mediados del siglo XVIII, mientras que en el continente los materialistas franceses apasionaban los ánimos. El médico David Hartley publicó en 1749 una obra en dos volúmenes que produjo mucha sensación; tenía el título singular de *Consideraciones acerca del hombre, su estructura, sus deberes y sus esperanzas*; el autor entendía por esta última palabra las «esperanzas» de una vida futura; este libro contiene una parte fisiológica, ó si se quiere psicológica, y otra teológica, siendo, sobre todo esta última, la que conmovió la opinión. Hartley era muy versado en las cuestiones teológicas; hijo de un eclesiástico, hubiera él mismo seguido la vocación de su padre si la repugnancia á los 39 artículos no le hubiese impulsado á la medicina; no era, pues, «hobbeista» en materia de religión, sin que esta repugnancia constituyese un obstáculo; su libro nos da á conocer sus escrúpulos; en él defiende los milagros y la Biblia, habla extensamente de la vida futura, ¡pero pone en duda la eternidad de las penas del infierno! Era esto minar la jerarquía por su base y arrojar al propio tiempo una sombra importuna de herejía en sus demás opiniones.

En la parte fisiológica de su libro, Hartley trata de referir por completo el pensamiento y la sensación humanas á vibraciones del cerebro, y no se puede negar que el materialismo ha bebido copiosamente en esta teo-

ría; pero en el espíritu de Hartley esta concepción no peca contra la ortodoxia, pues divide concienzudamente al hombre en dos partes: cuerpo y alma; el cuerpo es el instrumento del alma y el cerebro el instrumento de la sensación y del pensamiento. También otros sistemas, dice, admiten que toda modificación del espíritu va acompañada de una modificación correspondiente del cuerpo; su sistema, fundado en la doctrina de la asociación de las ideas, se satisface con dar una teoría completa de las modificaciones cerebrales que les corresponden. La doctrina de la asociación de las ideas, como fundamento de las operaciones intelectuales, existe ya en germen en Locke; un eclesiástico, el reverendo Gay (1), fué el predecesor inmediato de Hartley tratando de explicar todos los fenómenos psíquicos por medio de las asociaciones; sobre esta base se ha conservado la psicología en Inglaterra hasta nuestros tiempos; pero nadie puede dudar seriamente de que esás asociaciones mismas no tengan por fundamento hechos precisos que se desarrollan en el cerebro, ó, para hablar con más circunspección, que no vayan acompañados de funciones correspondientes del cerebro; Hartley no aporta en esta cuestión más que la teoría fisiológica, y precisamente fué esta circunstancia la que en realidad, á pesar de todas sus protestas, hizo de él un materialista.

En efecto, en tanto que se hable de las funciones del cerebro de un modo vago y general, se puede dejar al espíritu manejar á voluntad su instrumento sin que haya en esto ninguna contradicción manifiesta; pero desde el momento en que se piensa llevar el principio general hasta sus últimas consecuencias, se ve que el cerebro material está también sometido á las leyes de la naturaleza material; las vibraciones, tan inofensivas en la apariencia, que acompañan al pensamiento, se revelan ahora como los efectos de un mecanismo que, puesto en movimiento por una causa exterior, debe funcionar hasta el

fin según las leyes del mundo material (2). No se llega de un salto al atrevido pensamiento de Kant: que una serie de actos puede ser absolutamente necesaria como fenómeno, mientras que como «cosa en sí» descansa en la libertad. Cuando se trata de las funciones del cerebro la necesidad se impone inevitablemente, y la necesidad de la acción psicológica es la consecuencia inmediata; Harley reconoció esta consecuencia, pero pretende no haberla reconocido más que después de haberse ocupado durante muchos años de la teoría de las asociaciones y la aceptó con repugnancia; del mismo modo un punto que Hobbes trató con entera claridad y sin preocupación alguna, punto que Leibnitz dilucidó en el sentido de un juicioso determinismo sin encontrar en él nada de hostil á la religión, embarazó extraordinariamente al «materialista» Hartley, quien se defendió diciendo que no negaba el libre albedrío en los actos, es decir, la responsabilidad. Con no menos celo trató de probar que reconocía también la eternidad real de las penas del infierno, es decir, su duración inmensamente prolongada y su extrema intensidad, que bastan para aterrar á los pecadores y para que aparezca como un beneficio incomparable la salvación prometida por la Iglesia.

La obra principal de Hartley ha sido traducida al francés y al alemán, pero con una notable diferencia; ambos traductores encuentran que la obra se compone de dos partes heterogéneas; el alemán considera la parte teológica como la más importante y sólo da un extracto muy conciso de la teoría de las asociaciones (3); el francés se atiene, sobre todo, á la explicación de las funciones psicológicas y deja á un lado la teología; el sucesor de Hartley, Priestley, siguió el ejemplo del traductor francés y, más atrevido que su antecesor, aunque también teólogo, eliminó por completo la parte teológica (4) modificando la obra de Hartley. Priestley tuvo numerosas disputas, y es indudable que su «materialismo» des-

empeñó un gran papel en los ataques de sus adversarios, pero no se ha de olvidar que irritó á ortodoxos y conservadores por otros motivos muy diversos; predicador de una comunidad de disidentes, tuvo bastante tiempo para entregarse al estudio de las ciencias físicas; se sabe que fué también uno de los más ardientes é intrépidos defensores del racionalismo, que publicó una obra en dos volúmenes acerca de las *Falsificaciones del cristianismo*, entre las cuales incluye el dogma de la divinidad de Jesucristo, y en otra obra expuso y proclamó la religión natural (5). Liberal en política como en religión, vituperó al gobierno en sus escritos y atacó, sobre todo, las instituciones eclesiásticas y los privilegios del clero anglicano; ahora se comprenderá sin esfuerzo que tal hombre hubo de atraerse persecuciones aunque no hubiese escrito que las sensaciones son funciones del cerebro.

Hagamos resaltar todavía un rasgo característico del materialista inglés; el jefe y orador de los incrédulos no era entoces Hartley el materialista, como pudiera creerse, sino Hume el escéptico, hombre cuyos conceptos lo suprimen todo á la vez, el materialismo, el dogma de la religión y la metafísica; Priestley escribió contra él colocándose en el punto de vista de la teología y del deísmo, absolutamente como los racionalistas alemanes escribieron en la misma época contra el materialismo; Priestley combatió también el *Sistema de la naturaleza*, el principal documento del materialismo francés; pero en esta obra la refutación del ateísmo le llevó, ciertamente, mucho más que el deseo de demostrar la teoría materialista; la completa sinceridad de todos estos ataques está demostrada, no sólo por el tono de entera convicción con que á ejemplo de Boyle, Newton y Clarke ponderaba al universo como la obra maestra de un creador consciente, sino por el ardor perseverante con que (como después Schleiermacher) trabajaba por purgar la religión de supersticiones y atraer á los espíritus que estaban alejados de ella.

En Alemania, donde había entonces un gran número de teólogos racionalistas, se leían cuidadosamente los escritos de Hartley y Priestley, pero se atenían á su teología más que á su materialismo; en Francia, donde faltaba esta escuela de graves y piadosos racionalistas, sólo podía ejercer influencia el materialismo inglés, pero en tal concepto este país no tenía necesidad de estimulante científico alguno; aquí se desenvolvía en parte, por efecto de influencias inglesas anteriores, un espíritu que pasaba atrevidamente por alto los defectos que pudiera tener la doctrina materialista y que, sobre una base improvisada de hechos y teorías tomados á las ciencias físicas, había levantado un edificio de temerarias conclusiones.

La Mettrie escribía en la misma época que Hartley y el *Sistema de la naturaleza* encontró un antagonista en Priestley; estos hechos prueban claramente que Hartley y Priestley no tuvieron gran influjo en el progreso general del materialismo en otros países, aunque su significación ofrezca bastante interés en el desarrollo de las ideas materialistas de Inglaterra.

Del mismo modo que el carácter nacional de los ingleses determinó una inclinación al materialismo, así el sistema filosófico preferido en todos los tiempos por los franceses es evidentemente el escepticismo; el piadoso Charron y Montaigne, hombre de mundo, están de acuerdo para minar el dogmatismo, y en esta tarea tienen por sucesores á la Mothe le Vayer y Pedro Bayle; en el intervalo Descartes y Gassendi abrieron las vías para la concepción mecánica de la naturaleza; la tendencia al escepticismo continuó tan enérgica en Francia que hasta los materialistas del siglo XVIII, que se consideran como los más atrevidos y avanzados, se alejan mucho del exclusivismo sistemático de Hobbes y parece no servirles el materialismo nada más que para tener en jaque á la fe religiosa; Diderot comenzó su guerra contra la Iglesia bajo las banderas del escepticismo, y la Mettrie mismo,

como todos los franceses del siglo XVIII que se unieron estrechamente al materialismo dogmático de Epicuro, se decía pirroniano y declaraba que Montaigne había sido el primer francés que se atrevió á pensar.

La Mothe le Vayer era miembro del Consejo de Estado bajo Luis XIV y preceptor del que fué más tarde el (regente) duque de Orleans; en sus «cinco diálogos» preconiza la fe á expensas de la teología y, mostrando que la pretendida ciencia de los filósofos y de los teólogos es nula, no cesa de representar él mismo la duda como escuela preparatoria de sumisión á la religión revelada; pero el tono de sus obras difiere mucho del de un Pascal, cuyo escepticismo primitivo se trocó finalmente en un odio implacable contra los filósofos y cuyo respeto á la fe era no sólo sincero, sino también estrecho y fanático. Sabido es que Hobbes había exaltado la fe para atacar á la teología; si la Mothe no era un Hobbes, no era seguramente un Pascal; en la corte pasaba por incrédulo, y sólo se sostuvo allí por la irreprochable austeridad de su conducta, por su discreción y por la fría superioridad de sus maneras; sus escritos favorecieron las luces y el progreso y, la consideración que gozaba sobre todo en las clases elevadas, aumentó el efecto producido por sus obras.

La influencia de Pedro Bayle fué más considerable; hijo de padres calvinistas, se dejó en su juventud convertir por los jesuitas, pero no tardó en volver al protestantismo; las medidas rigurosas tomadas por Luis XIV contra los protestantes le obligaron á refugiarse en Holanda, donde los librepensadores de todas las naciones buscaban con preferencia un asilo. Bayle era cartesiano, pero sacó del sistema de Descartes consecuencias que Descartes no había deducido ni por asomo y, mientras este último se daba aires á todas horas de conciliar la ciencia con la religión, Bayle se esforzó en hacer resaltar sus diferencias; en su célebre *Diccionario histórico y crítico*, como

observa Voltaire, no insertó una sola línea que atacase abiertamente al cristianismo, pero en cambio no escribió ni una palabra que no tuviese por objeto despertar dudas; cuando la razón y la revelación estaban en desacuerdo, parecía declararse en favor de esta última, pero la frase la decía de manera que dejaba al lector una impresión contraria; pocos libros han producido tanta sensación como el de Bayle; si por una parte la suma de los conocimientos más variados, que el autor sabía hacer accesibles á todos, atraía hasta á los más doctos, por otra cautivaba á la multitud de lectores superficiales por la manera picante y agradable con que trataba las cuestiones científicas buscando al propio tiempo ocasiones de escándalo; «su estilo, dice Hettner, tiene una vivacidad eminentemente dramática, fresca, naturalidad, atrevimiento y temeridad provocadora; á pesar de esto es siempre claro y va derecho al fin; fingiendo jugar espiritualmente con su asunto, le penetra y le analiza hasta en sus profundidades más secretas». «Se encuentra en Bayle el germen de la táctica empleada por Voltaire y por los enciclopedistas, y es de notar que el estilo de Bayle influyó en el de Lessing, el cual en su juventud había estudiado con entusiasmo los escritos del filósofo francés.»

La muerte de Luis XIV (1715) fué la señal de una evolución memorable en la historia moderna, evolución que ejerció un gran influjo en la filosofía de las clases ilustradas y en los destinos políticos y sociales de las naciones: el desarrollo súbito y considerable de las relaciones intelectuales entre Francia é Inglaterra; Buckle, en su *Historia de la civilización*, pinta esta evolución con vivos colores, á veces quizá demasiado recargados; duda de que á fines del siglo xvii hubiese en Francia más de cinco personas, literatos ó sabios, versadas en el conocimiento de la lengua inglesa; la vanidad nacional había inspirado á la sociedad francesa una suficiencia que la hacía considerar como bárbara la civilización inglesa y las dos

revoluciones por las cuales había pasado Inglaterra, aumentando el desdén de los franceses durante tanto tiempo cuanto el brillo de la corte y las victorias de sus orgullosos monarcas les hicieron olvidar los enormes sacrificios que había costado tanta magnificencia; pero cuando con la vejez del rey se acrecentó la opresión y disminuyó el prestigio, las quejas y los males del pueblo se vieron más distintos, y en todas las cabezas que pensaban nació la convicción de que sometiéndose al absolutismo la nación entraba en un camino desastroso; las relaciones con Inglaterra se renovaron y, como antes Bacon y Hobbes habían ido á Francia á perfeccionar su instrucción, las mejores inteligencias de Francia afluyeron entonces á Inglaterra para aprender la lengua y literatura de este país.

En política los franceses trajeron de Inglaterra la idea de la libertad civil y de los derechos individuales, pero estas ideas se combinaron con las tendencias democráticas que se despertaron irresistibles en Francia, y que, como lo ha demostrado Tocqueville, no eran en el fondo más que el producto del régimen monárquico que establecía la igualdad en la obediencia servil y que la democracia derribó de un modo tan trágico; en el terreno del pensamiento, el materialismo inglés se combinó con el escepticismo francés, y el resultado de esta unión fué la condenación radical del cristianismo y de la Iglesia que en Inglaterra, desde Newton y Boyle, habían conseguido ponerse de acuerdo con la concepción mecánica de la naturaleza. Cosa extraña y, sin embargo, fácil de explicar, la filosofía de Newton debía contribuir en Francia al éxito del ateísmo y, no obstante, aquellos que le habían importado afirmaban que era menos desfavorable á la fe que el cartesianismo. Es verdad que dicha filosofía fué introducida por Voltaire, uno de los primeros que trabajaron por conciliar el espíritu inglés con el espíritu francés, y sin duda el más influyente de todos.

La inmensa actividad de Voltaire es con razón en la actualidad mejor apreciada y más favorablemente juzgada que lo fué en la primera mitad del siglo XIX; ingleses y alemanes se esfuerzan á porfía en asignar á este gran francés, sin paliar sus defectos, el lugar que merece en la historia de nuestra vida intelectual; la causa del desdén momentáneo que hirió á este grande hombre se encuentra, según Bois-Reymond, «por paradójica que pueda parecer esta aserción, en el hecho de que todos somos más ó menos volterianos sin saberlo ni darnos este nombre; el espíritu de Voltaire ha prevalecido con tal poder que, las ideas generosas por las cuales combatió en su larga existencia con un celo infatigable, con una abnegación apasionada y con todas las armas intelectuales, principalmente con su burla tremenda: la tolerancia, la libertad de pensamiento, la dignidad humana y la equidad, han llegado á sernos una condición tan indispensable de vitalidad como el aire, en el cual no pensamos hasta que nos falta; en una palabra, lo que en otro tiempo bajo la pluma de Voltaire parecía un pensamiento de los más atrevidos, es hoy un lugar común».

El mérito de Voltaire, de haber hecho adoptar en el continente el sistema del mundo de Newton, ha sido también durante mucho tiempo poco apreciado; no se ha tenido en cuenta ni la dificultad que había en comprender á Newton, ni el valor que se necesitaba para declararse en favor del sabio inglés, ni los obstáculos que había que vencer; citemos un solo hecho: los *Elementos de filosofía de Newton* no obtuvieron el *imprimase* en Francia, ¡hubo que recurrir, para publicarlos, á la libertad de que gozaban los Países Bajos! Sería injusto creer que Voltaire se sirvió del sistema de Newton para atacar al cristianismo y que sazónó esta obra con una sátira volteriana; la obra, en conjunto, está redactada con gravedad, calma, claridad y sencillez; muchas cuestiones filosóficas parece que están tratadas allí con timidez, aunque Leibnitz, cuyas

ideas puso Voltaire á contribución, procedió con más atrevimiento y lógica que Newton; Voltaire ensalza á Leibnitz porque declara que Dios en todos sus actos tiene motivos determinantes; Newton, por el contrario, piensa que Dios ha hecho muchas cosas, por ejemplo, el movimiento planetario de Occidente á Oriente, únicamente porque así lo ha decidido, sin que pueda darse á este acto otro motivo que su propia voluntad; Voltaire comprende que los argumentos empleados por Clarke en su polémica con Leibnitz son insuficientes y trata de reforzarlos con argumentos propios; no se manifiesta menos vacilante en a cuestión del libre albedrío (6); cierto que más tarde encontramos en Voltaire el resumen exacto de una larga disertación de Locke: «Ser libre es poder hacer lo que se quiere, no poder querer lo que se quiere», y esta tesis, bien entendida, se armoniza con el determinismo y con la teoría de la libertad en Leibnitz; pero en la *Filosofía de Newton* (1738) se nos manifiesta Voltaire todavía demasiado sujeto á las doctrinas de Clarke para que pueda llegar á una claridad perfecta; cree que la libertad de indiferencia es posible, pero sin importancia alguna; la cuestión no está en saber si puedo colocar antes el pie izquierdo que el derecho sin otro motivo que mi voluntad; lo importante es saber si Cartouche y Nadir-Schah habrían podido abstenerse de verter sangre humana; aquí, naturalmente, Voltaire, de acuerdo con Locke y Leibnitz, piensa que no, pero la dificultad es explicar este no; el determinismo, que busca la responsabilidad en el carácter del hombre, niega que pueda formarse en él una voluntad durable en oposición á dicho carácter; si ocurre lo contrario en apariencia, esto prueba sencillamente que en el carácter de este hombre duermen y pueden despertarse fuerzas en las cuales no habíamos parado la atención; pero si por este camino se quiere resolver por completo una cuestión cualquiera relativa á la voluntad, el problema de la decisión, cuando parece existir perfecta